

BIBLIOGRAFÍA

- Gómez Amelia, D. (1985), *La penillanura cacereña. Estudio geomorfológico*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.
- Martín Serrano, A. (1985), *El relieve de la región occidental zamorana. Un modelo de evolución geomorfológico del borde Hespérico*. Tesis doctoral Fac. de Ciencias. Univ. Complutense de Madrid (inédita).

DOCUMENTACIÓN CARTOGRÁFICA

Mapa geológico-minero de Extremadura. Escala 1/300.000. Elaborado por el Instituto Geológico y Minero bajo la supervisión de la Dirección General de Industria, Energía y Minas de la Consejería de Industria y Energía de la Junta de Extremadura.

Mapa topográfico nacional. Escala 1/50.000. Servicio Geográfico Nacional. Madrid. Hojas:

- 623. Malpartida de Plasencia.
- 650. Cañaverál.
- 651. Serradilla.
- 652. Jaraicejo.
- 680. Aldeacentenera.



Retazos de historia

Torrequemada, maravilloso pueblo a 18 kilómetros al sur de Cáceres, en la carretera misma C-520, data del siglo xv, construido sobre una ladera donde se asoma una bella y hermosa atalaya enclavada en la cima de un enorme peñasco, que merece instantes de contemplación por considerar que la roca se viene continuamente abajo, a la que se accede por una empinada y angosta calle hormigonada en los últimos años. Si la naturaleza fue caprichosa creando altivas rocas, no impidió que el hombre alargara su altura construyendo un punto geodésico para dominar desde su montículo prácticamente toda la cuenca de la sierra de San Pedro, Montánchez, Trujillo y Llanos de Cáceres. Es un maravilloso lugar de recreo, desde todos los tiempos, para jóvenes y mayores del pueblo por considerar que durante las noches de luna llena se contemplan más estrellas que en cualquier otra parte del termino municipal, cuya figura sobre grandes peñascos, unida a la belleza de la obra del hombre y de la propia naturaleza, desencadena la necesidad de conocerla, admirarla y solicitarle instantes de contemplación.

En el siglo xvi se creó el registro de los bautizados, y el día 5 de enero de 1600 se inscribió la primera niña llamada Inés García, hija de Gonzalo y de Isidora, y el día 10 el niño Juan, hijo de Alonso y Leonor, siendo prior D. Andrés de Escobar. El año 1648 se dejaba constancia de los testamentos de aquellas personas que antes de morir donaban sus bienes o dinero en beneficio de sus almas, y el día 28 de junio de 1648, Antonio García Alonso fue el primero en otorgar sus bienes.

En 1791 visitó el pueblo el regente y ministro de la nueva Audiencia de Extremadura, quien, según cuestionario oficial, preguntó a la

autoridad civil y religiosa del pueblo sobre diversas cuestiones relacionadas con el municipio. El alcalde pedáneo, dependiente de los jueces de Cáceres, contestó: «Hay un Ayuntamiento conocido como Casa de Concejo para juntas y gobierno, con cárcel y pósito; el pueblo carece de ordenanza, hay un cirujano y un palacio perteneciente al duque de Abrantes, y en el paraje conocido por "Casita de Gallegos", camino de Torreorgaz, hubo antiguamente población, por los restos y vestigios de cerámica encontrados, como mínimo de los siglos III y IV, a. C. Hace unos doce años, un vecino llamado Juan Martín Lorenzo, labrando la tierra en aquellos parajes, encontró una piedra esmeradamente labrada con la figura de un "berraco", que por su importancia ha sido trasladada al Instituto de Bachillerato el "Brocense", de Cáceres. Con este hallazgo queda patente pensar en que pueda haber muchos lugares repletos de maravillas que yacen todavía ignorados a flor de tierra». Informó del enclave del pueblo, disposición de sus calles, límites, autoridades y número de vecinos, la dehesa boyar es de uso común y sus utilidades son para junta de Alcabala para servicio del rey y de Dios; por último, le cuenta de los diversos productos y cereales del término municipal.

El prior cuenta que hay una iglesia llamada de San Esteban, hermosa parroquia de arquitectura gótica construida a mediados del siglo XVI; está vacante muchas veces, es grande y los fallecidos se enterraban en un huerto adosado a la misma, por no haber cementerio; hay dos ermitas: Los Mártires y Salor, y de esta última sólo estaba concluida la capilla mayor, de arquitectura gótica.

Por Ley de 17 de junio de 1970 se creó el registro civil para asentar a los que nacían, se casaban y también los que fallecían. El primer matrimonio casado fue el de Antonio Gil Rodrigo e Inés Pantrigo Morgado, inscrito el 16 de noviembre de 1870; el primer nacido anotado fue Raimundo Morgado Nevado, el día 1 de enero de 1871, y el primer fallecido anotado, un joven, el día 3 de enero, según el ritual romano, por el teniente de cura D. Felipe.

Después de mirar hacia el pueblo desde sus alturas y haber dominado los llanos, lo que más sobresale de entre todos los edificios es el Ayuntamiento, bello y grande edificio de recia construcción realizado en el año 1891, que constituye una maravillosa vista para los que lo visitan; en la fachada de su parte sur, a elevada altura, se instaló un potente reloj que marca las horas y las medias a través de una campa-

na, lanzando los sonidos a la Rosa de los Cuatro Vientos y que se oyen en todo el término municipal.

La iglesia de los Mártires (San Sebastián), pequeña pero bella ermita enclavada en la parte alta del pueblo, con su majestuosa puerta por un portalón construido de piedra labrada en cantería y que ha sufrido diversas transformaciones, algunas importantes, como la del año 1995.

El Palacio, antiguo edificio de forma cuadrangular, al que se accede por un portalón de recias paredes construidas con grandes piedras de granito, donde se encuentra, a su entrada, una figura con el escudo del duque de Abrantes, a quien pertenecía.

La Torre, en la parte oeste del pueblo, formando un espacio urbano que sobresale del conjunto por la altura del cerro en que está construida, de forma defensiva, con paredes fuertes de cantería, de forma cuadrada, con varios ventanales y balcones de distintos estilos, enormes habitaciones separadas por gruesas paredes y altas puertas de gran sabor a historia, demostrando que también fue utilizada como palacio. En la portada de su entrada se puede leer la numeración de 1704, perteneciente al duque de Abrantes. Por dejación y abandono sólo quedan los potentes muros y, en la portada, el escudo del fundador como único testimonio de su historia.

A unos dos kilómetros al sur de Torrequemada se halla la ermita del Salor, cuyo enclave en un alto cerro; es una zona rocosa en consonancia con el horizonte azul oscuro como fondo, que unido al verde de retamas y enormes encinares forman una vista espectacular, que estimula a contemplarla a todos los que tienen la fortuna de visitarla. Consta que fue construida en los primeros años del siglo XIII, en el fuero de Cáceres, y según Boxoyo sirvió de basílica perteneciente a la Orden Militar de los Templarios a partir de los Caballeros de la parroquia de San Mateo de Cáceres; la usaban como recreo para correr toros, celebrar bodas y enterrar a los que fallecían. El lunes 20 de agosto de 1345, en nombre de Dios, se fundó la Cofradía de Nuestra Señora la Virgen del Salor en la iglesia de San Mateo, para servicio de Dios Padre y en honor de la Virgen María Madre de Dios. El domingo 20 de agosto de 1385, por mandato del rey D. Pedro I, estando juntos los Caballeros de la Cofradía de Santa María, ordenó a los cofrades del Consejo crear unos estatutos para que ninguno —tanto en la villa como en su territo-

rio— consintiera otras pesquisas que las que él tenía ordenadas sobre las cosas vedadas dentro del Reino, disponiendo que lidiaran para siempre cinco toros en las proximidades de la ermita, dando carne por amor a Dios a los asistentes, hasta que en el año 1519, por caída de bienes, empobrece la cofradía y se traslada la hermandad a Torrequemada, pasando a ser propiedad del pueblo.

Se levantó el primer edificio al estilo románico y mudéjar, con tres naves de arcos transversales apuntalados de ladrillos, sobre la que descansaría la desaparecida cubierta de madera a dos aguas. El 7 de febrero de 1557, en escritura del mayordomo Benito García Galindo, contrata con el pintor Lucas Holguín los decorados del altar mayor, dejando unas inscripciones dentro de la ermita, que se leen: «Rectificose esta capilla siendo Prior el B. José Hernández Martín, año 1703». En 1803 se restaura todo el templo, siendo rector de la parroquia de Torrequemada y de la santa casa del Salor D. Antonio García Arrio.

Posteriormente, las tropas francesas acamparon en sus cercanías con motivo de la guerra de la Independencia, destruyendo parte del templo y desapareciendo la imagen de la Virgen, que era una maravillosa talla románica, construyéndose la actual en el siglo XIX, siendo siempre venerada con profunda devoción no sólo por la divinidad que en sí misma tiene la Virgen María, sino por lo mucho que representa para Torrequemada, Albalá y Montánchez. En el interior de la ermita se conserva una muy interesante colección de pintura de la vida y pasión de Jesús, calvario y crucifixión, así como temas guerreros, religiosos, motivos florales, flamencos y geométricos en los arcos. En la esquina derecha de la ermita existen dos pilas, que realmente son tumbas fenicias del siglo XI, lo que viene a justificar que por aquellos años ya estaban nuestros antepasados por estos lugares; la última restauración se realizó en 1983, por el arquitecto D. Javier Holguita Gómez, techando la parte descubierta, abriendo los arcos y la puerta principal.

En el año 1737 se creó la feria de marzo durante los días 25, 26, 27 y 28, este último día solamente para fiesta del pueblo, llegando a estar considerada por los años 40-60 del actual siglo como una de las ferias más importantes de España en ganado caballar, mular y asnal.

En el año 1950 se creó la feria de septiembre para toda clase de ganado, siendo alcalde del pueblo D. Fernando Nevado Pulido, que

dada la caída de la ganadería y agricultura ha quedado sólo para fiestas en honor a la Patrona, la Virgen del Salor.

El resto del pueblo es de población concentrada, viviendas grandes con doblados, zaguán amplio, grandes chimeneas, ventanales y balcones de diversos tipos y rejas alargadas, con sus originales cortinas en las puertas de las casas, paredes y fachadas blancas que se asemejan a la mayoría de los pueblos de Cáceres, dándoles un especial color a historia.

Después de la emigración sufrida en los años de la década de los sesenta, se inicia el rejuvenecimiento de la vieja población, que va creciendo en espacio y mejora de los edificios, trazados ya al estilo de los más modernos pisos, con fachadas bien trazadas y bellamente pintadas, sus calles hormigonadas o asfaltadas y modernamente alumbradas, de donde destacan las más principales calles por su resonancia y especial historia: Feria, San Sebastián, Corte, Paso, Ventanilla y las plazas de José Antonio, Mola y Reloj.

Generalmente los vecinos de Torrequemada son gente humilde, honrados y trabajadores, volcados con todo su afán de hacer florecer sus vidas, trabajando en el campo como labradores y ganaderos con ayuda de sus respectivas mujeres, como única fuente de riqueza con la que les ha permitido sobrevivir pese a los míseros recursos de los tiempos pasados. Desde siempre han vivido en unas condiciones de vida durísimas, destacándose la pobreza como casi en todos los pueblos de Extremadura, dada la carencia generalizada de tierras de cultivo, disponibles para trabajarlas en poder de los ricos terratenientes, que se llevaban la mayor parte del rendimiento, teniendo que hacer frente a la presión fiscal, gastos de aperos y labranzas con lo poco que restaba. Así una década y otra más, hasta que dada la caída sufrida en la agricultura y ganadería en los años 40-60 de este siglo, ante la tremenda dureza e inhumana vida en aquel período histórico, con todo el dolor del corazón, muchas familias abandonaron completamente sus hogares para marcharse a las distintas ciudades de España y del extranjero, con el único deseo de mejorar sus vidas y sus posiciones económicas, generalmente bajas; de ahí los motivos de la escasa densidad de población en Torrequemada.

Gente que no entiende mucho de leyes, pero siempre saben de qué lado está la verdad y de cuál otro el error, respetando el orden y la justi-

cia, y cuando a alguien le sacuden conmociones de profundo significado, se aprestan con arrogancia a oír su voz, porque dentro les devora la pena al considerar que también les afecta como algo íntimo y familiar.

Por otro lado, son costumbres introducidas en Torrequemada todos los años, en honor a la Virgen del Salor, el lunes de Pascua, «día de la Pica» para los vecinos del pueblo. Siempre que ha sido posible se ha venido haciendo una romería en la ermita del Salor, donde, después de sacar a la Virgen en procesión alrededor del templo y celebrar la santa Misa, se reparte pan, queso de cabra y vino de alta calidad para todos los asistentes; en carnavales, las mujeres hacen buñuelos y variadas clases de dulces de frituras. Hasta hace pocos años se celebraban corridas de gallos, a las que asistían las mozas vestidas con el típico traje de aldeana. En la feria de marzo hacen perrunillas, roscas, flores, y en Semana Santa, bollos de la Pica; cuando llegan las fiestas patronales, llamadas «feria de septiembre», los jóvenes, con los más briosos caballos bellamente enjaezados, celebran una corrida de cintas. Durante cuatro días consecutivos se hacen verbenas populares en la plaza de José Antonio, amenizadas con una de las mejores orquestas de la región y subvencionada por la Comisión de Festejos, como una tradición histórica desde que se creó la feria. El último día de fiesta se celebra una corrida de toros, en la que se lidian tres novillos, y el día 12, en una romería en la ermita del Salor, se reparte la carne a los asistentes, al estilo de lo mandado por el rey D. Pedro I. En Nochebuena, los quintos queman los más leñosos troncos de encinas, constituyendo una rica tradición histórica.

El término de Torrequemada está dividido en dos partes claramente definidas. La primera está formada por una espléndida extensión de tierras llanas sin arboleda adaptadas para la agricultura, siendo su principal producción trigo, cebada y avena, con unos pastos de rica calidad para alimentar al ganado, sirviendo también de hábitat para aves tan formidables como son la avutarda, sisón, corteza, alondra, triguero y otras especies de pájaros granívoros, así como reproducción de la liebre.

La segunda es de tierra arenosa y granito, con grandes canchaleras y principalmente su suelo es de corto espesor, reteniendo poca agua; la vegetación característica está formada por higueras, olivos, algunas chumberas, grandes encinares, alcornocos y pastizales de rica calidad, que constituyen una gran riqueza para alimentación del ganado de cerda, vacuno, caballar y lanar, generalmente de raza merina, que pro-

ducen lana, carne, leche y queso de primera calidad, sin duda uno de los primeros de España. Se cuenta que el nombre de ovejas merinas viene de la tribu berberisca que la trajo del norte de África, cuando la invasión musulmana; también son terrenos ricamente adaptados por sus canchaleras para el conejo, liebre, zorro, jineta, tejón, lagarto, lagartija y gran número de pájaros insectívoros. En las zonas húmedas abundan el pato, polla de agua, gallareta, rana, galápago, culebra de agua, garza y alguna que otra cigüeña negra.

De entre las grandes canchaleras se destacan, por su gran volumen, los canchales de la Torre, Hijinos, Atalaya, Rayo, Casita de los Santos, Peña Parda y Patada del Caballo. De este canchal se cuenta un hecho sumamente importante en la historia del pueblo: «Pasaba la Virgen montada en un caballo y salió una culebra andando de pie; el caballo, al verla, se espantó, dando una coz en una lancha de recia cantería, dejando la señal de una de su herraduras. La Virgen, asustada, le dijo: «Desde este momento, todas las culebras os veréis arrastradas por el suelo». De ahí que se conozca el lugar por «Patada del Caballo».

Peñaparda se destaca de los demás por ser uno de los caprichos más espectaculares creados por la naturaleza dentro del término municipal. Su forma es piramidal, constituyendo una maravilla; su cúspide, convertida en una plataforma, y su liso revestimiento, todo de piedra, es de singular admiración. Los ojos de los visitantes se clavan en la majestuosidad de la roca y se pasan las tardes de primavera contemplando el maravilloso paisaje desde su cúspide. Pero lo más sorprendente de la peña, en primer momento, es su gran tamaño, cuya base circular mide 153 metros, su altura, desde el suelo hasta la parte superior, es de 30 metros, y su volumen es de 700.000 metros cúbicos de piedra. El canchal es tan impresionante, que después de verlo ya todos parecen de tamaño inferior; a la salida y puesta del sol es iluminado con fantásticos colores rojos y oscuros, que le arrancan momentos de una impresionante belleza.

Las mayores altitudes del termino son los cerros de la Torre, Retazos, Gallineros, Morra del Gato, Miguel Pérez, Lancha de las Vacas, Los Pastos y Matahijos. De este cerro se comenta que dominando desde su altura el poblado antiguo que hubo en el camino de Torreorgaz, en unos días de confusión y de guerra entre los vecinos del poblado, «un padre y un hijo se disputaban el mandato; el padre, en un momento de

arrebató, con un puñal mató al hijo». Desde entonces se conoce como «Cerro Matahijos». Todos ellos poseen un tradicional encanto por su maravillosa panorámica.

El río del Salor, procedente de la Sierra de Montánchez, atraviesa todo el término municipal de Torrequemada; es colector de aguas superficiales y discurre por tierras llanas y profundas, de grandes encinares y algunas rocas; recibe por la derecha la escasa aportación de los regatos Martinete, Cantarranas, Lavaerillos y Casita de los Santos. Por la izquierda, el arroyo de Zorita —éste con mucho más caudal— es un regato cargado de historia y con mucho prestigio por sus aguas limpias y serenas, que atraen el interés de todos los que tienen la fortuna de conocerlo por el bello paisaje en todo su recorrido (rocas, encinas, escobas, retamas y verdes junqueras), describiendo grandes eses para salvar los obstáculos y aprovechar mejor el terreno. Desde que el ser humano habita en el pueblo, debido a la riqueza de sus aguas y bello paisaje, las mujeres han lavado en él sus ropas, pasando días de felicidad tomando el sol entre sus rocas, hasta que por los años setenta del actual siglo se construyó una presa en su cabecera misma para abastecimiento de agua, de gran calidad, a tres poblaciones: Torremocha, Torrequemada y Torreorgaz.

En su recorrido se aprecian vestigios de dos molinos para moler trigo cegados por la arena acumulada y por la acción corrosiva del tiempo, que han terminado totalmente con los edificios. En la época primaveral, de las aguas del Zorita surge una flor blanca que, como símbolo, vive y reina junto con el verde de junqueras, que seducen, por su forma y aroma, a todas las personas que tienen la dicha de contemplarla.

Las lluvias son típicas de Extremadura. En los meses estivales, casi nulas, con veranos largos y cálidos, lo que ha dado lugar a la construcción de charcas alrededor del pueblo para abrevadero del ganado. Los inviernos, cortos y suaves, con temperaturas de 0° como mínimas, y de unos 40° como máxima en verano. Antiguamente, las gentes se abastecían de agua, para servicio doméstico, de tres fuentes maravillosas existentes en el término (Bomba, Zapatera y pozo de la Necesidad), que se secaban en otoño la mayoría de los años, teniendo que esperar al manantío, llegándose a pagar tres perras por cántaro de agua allá por los años 40-50.

FRANCISCO BLÁZQUEZ BARRÁS

Santa Ana, una ermita cacerense

DATOS HISTÓRICOS

Ante el interés popular que en los últimos años se está dando en nuestra ciudad por restaurar y dar alguna finalidad religiosa o cultural a viejas y entrañables ermitas cacerenses (Cáceres), tal y como ha ocurrido recientemente con la del Amparo (xvii) o la de San Marquino (xvi), la del Calvario (xvi) y próximamente puede pasar con otras varias, así como ya más alejado del conjunto urbano con el convento de San Benito (xv-xvi), por todo esto es justo y oportuno que hagamos una breve reseña a otra construcción muy entrañable para Cáceres, como es la ermita de Santa Ana.

Se encuentra ubicada en la denominada dehesa de Alcocer, terreno hoy del Campamento de Instrucción Zona Centro, antes CIR núm. 3.

Fue construida en el año 1556 por decisión del mecenas cacereño Juan Velázquez de Ávila, quien no escatimó dinero para ello, recurriendo al cantero Pedro Gómez, importante artesano de la época.

El terreno donde se construyó la ermita es un lugar estratégicamente pensado para este tipo de construcciones aisladas; en aquella amplia zona se encontraron, a principios del presente siglo, restos arquitectónicos árabes, y alguien lo calificó como un pequeño oasis dentro de toda la finca. No podemos olvidar que una nada despreciable corriente de agua pasa por aquel lugar, lo que facilita notablemente el cultivo.